



PEPE POL*

Érrese una vez una anciana muy vieja que vivía solita en una aldea gallega conformada por una docena de casas de las que estaban habitadas un escaso número que no superaba a cuatro de ellas, incluía de la buena mujer; el resto estaban condenadas, por el forzado abandono de sus moradores, víctimas del éxodo rural, a ser un cementerio de recuerdos. Las que fueron en otra hora viviendas de alegre vida se veían atacadas por lo elementos atmosféricos que parecían confabularse para terminar de enterrar aquellos valores.

Dejemos, con la nostalgia consiguiente de los que amamos el medio rural, a esa triste realidad, la desolación provocada por la emigración y volvamos a meternos intramuros del hogar de la anciana. Busquemos ese refugio donde encontramos a la mujer acompañada de sus pensamientos que, por veces, no eran muy buenos acompañantes para ser admániculo del camino de la vida. Está sumida en el invierno más crudo, el que sufre el que vive solo; se calienta sentimentalmente en las cartas que le llegan o las llamadas telefónicas de esa hija que tiene por tierra helvéticas. Ella, la viejecita, corcovada por lo mucho que ha trabajado y por el peso de los sinsabores que le ha dado la existencia, pasa el tiempo tejiendo ilusiones y cosiendo algún descosido que el recuerdo del pasado le presenta. Hace años murió su marido extenuado, agotado de tanto esperar que algún día volviera su única hija, ésa que una jornada, forzada por la necesidad, como otros muchos jóvenes de su edad de

ambos sexos, tomó el tren de la emigración con aquella maleta de madera llena de recuerdos de su aldea y de su familia del alma, hipotecó su juventud por un trabajo lejos de su tierra natal, el Begonte del alma, pues se me olvidaba comentar que su aldea pertenecía a ese ayuntamiento de Terra Chá. La marcha de la joven fue muy dura para los padres. El progenitor, feneció de tanto callar y callar, de guardar en su pecho esa tristeza que suponía el no ver a su hija todos los días. Ella solamente podía venir una vez al año, pues los recursos no daban para muchos viajes y había que ahorrar pensando en el volver definitivamente a Galicia, la muchacha prefería hacerlo en Navidad, pues le resultaba muy penoso en esas datas el no poder ver a sus padres, mientras otros paisanos suyos elegían el verano, pero ella sabía que, aunque el calor sentimental no lo sustituye nada, en el verano siempre hay más posibilidad de facilitar la evaporación de los pesares. Con el fallecimiento del hombre la pobre viejecita quedó sin apoyo y, lo que es peor, sin el consuelo del diálogo, pues durante el día encontraba por las "corredoiras", "hortas" e "leiras" algún vecino/a para hablar, pero al llegar la negra noche, aunque la invitaban a ir a pasar el rato, a intentar recuperar "o filadón" con ellos, ésta buena señora prefería quedar sola mirándose en el encendido espejo del fuego y aguardando a que el sueño le venciera. Rezando, pues era muy creyente, y esperando a tener fuerzas suficientes para que llegara otra Navidad para poder, en reciprocidad de alegría abrazar a su hija. Los primeros años la chica vino sola, pero como era muy guapa, cosa normal siendo mujer de Terra Chá, pronto contrajo matrimonio con otro joven lucense que conoció allá y que vivía en circunstancias parecidas a ella. Desde que fueron marido y mujer ambos venían a ver a la anciana, a pasar esas fiestas tan entrañables con ella, que era como una madre para ese chico, ya que él era huérfano de padres. No transcurrirían más de tres años cuando tuvieron descendencia,

una niña preciosa, que le pusieron por nombre Bego, las vecinas decían que si era apóclope de Begoña, a lo que la madre aclaraba que era en recuerdo a su pueblo, Begonte.

Cuando llegó la niña por primera vez a Terra Chá y a los brazos de su abuela materna los ojos de la anciana brillaron como estrellas ante la que consideraba que era el sol de su vida, parece que se le abría, con la nieta, un sentido al camino de su existir. La anciana les pidió a su hija y nuera que el bautizo fuera en la iglesia de Begonte y que lo celebrarían en Navidad. Así fue para que la niña fuera begontina de pura cepa.

No habría pasado un par de años, cuando la pequeña ya sabía hablar, le dijo a su abuela, con la voz afectada y propia de los que necesitan el cariño de los mayores:

-"Abuelita, ¿por qué tienes ese belén en la salita con tan pocas figuritas y por qué no está el portal con la Sagrada familia?"

(No olvide el lector que a los adultos, por la aceleración del vivir, se nos puede olvidar hacer uso de la bella observación, pero ellos, los seres infantiles, aunque corren y se mueven con la velocidad del rayo también, cuando lo requiere la situación, saben mejor que nadie, lanzar el ancla de sus sentidos y detienen su crucero de dicha para sumergirse en ese mundo de los por qué, inmersión que muchas veces, si la persona adulta no sabe entender, le puede resultar al pequeño una auténtica frustración y, al bucear y no encontrar la respuesta, abandonan y con el desequilibrio propio del ser no correspondido, arrían las velas de la ilusión y dejan que su barco corporal lo lleve a la deriva el viento del desconsuelo. Es triste ver que un niño ya no pregunta, que no busca porque con su afán a los otros llega a cansar.)

Por suerte no era el caso de pequeña Bego y su abuela le repuso:

-"Hija, en Galicia solamente hay un Portal de verdad, el que está en el belén de Begonte, ese que tú, por suerte llevas ya viendo desde que naciste".

La nietecita, acariciando las manos rugosas y encallecidas de la querida

O SIL – Novembro, 2009

anciana le contestó:

-“Te prometo, abuela, que cada Navidad que vengamos te traeré una figurita para que pronto tengas un belén parecido al de Begonte”.

La buena mujer sonriendo y tomando a la niña en su regazo, después de darle un prolongado beso en la frente nacarada de la pequeña le respondió: -“Mi cielo, ese no tiene comparación, pero si me traes las figuritas tiene que ser con una condición”. Se detuvo la viejecita para tomar un poco de aliento y presta le tendió el hilo fino y resistente de su palabra la chiquilla, dibujando en la faz de su rostro el signo de quien se siente sorprendido, y diciendo:

- “Una condición!”.

-“No, contestó la mujer, un par de ellas. La primera que las figuritas sean gallegas, es decir que hayan sido hechas con barro gallego y alfares de este país, pues el alma, ese soplo de vida ya se lo darán el día de mañana en el belén de Begonte, pues, cuando yo muera todos estos “pastorcillos”, “ferreiros”,... debéis llevarlos al Centro cultural de Begonte para que allí recobren la vida y la actividad que ahora les falta. Pero, una advertencia, nunca me traigas figuras que representen a la Sagrada Familia, pues esa, la representación de ella, es la que está en el de Begonte”.

Terminó, la abuela, su exposición oral y la niña para sellar aquel pacto no pronunció palabra alguna y solamente le dio un beso a la anciana puede que para no mirar más hacia los ojos de su abuela que se habían empañado con la presencia de una nube de lágrimas que no llegó a convertirse en “regato” por el rostro de la mujer porque el calor sentimental de ese beso de la niña despejó lo que estaba pre-dispuesto a convertirse en lluvia de lágrimas. Uno de aquellos domingos fueron a misa, después de asistir a ella, siempre pasaban por el Centro Cultural para rezar un poco en el belén electrónico y disfrutar reflexionando ante la grandeza de aquel evento. Allí mismo, ante ése, pidieron al sacerdote, D. Xesús, que le diera la bendición a la niña. El párroco, cru-

zando sus manos les dijo, antes de impartírsela:

- “Esta bendición, es en el nombre de la Sagrada Familia que aquí está en el belén de Begonte, y no solamente es para que esta niña siga creciendo en la fe que tan necesaria es, también será una singular petición para que esta ejemplar creyente, la abuela, pueda ver muy pronto cumplido el deseo, ese sueño de que definitivamente podáis volver a vivir a su lado; pues es muy triste para Begonte y su belén que siendo naturales de esta Terra Chá lo hagáis como visitantes quienes, en verdad sois de este lugar sus hijos”.

Todos callaron con asentimiento, pero la abuela dijo, al terminar el sacerdote de impartir la bendición:

- “ Padre, que muy pronto el belén y usted lo vean, que yo sea la mujer más dichosa”

Los demás abrazaron a la señora mayor y así, fundidos en ese lazo de amor marcharon. Pasarían un par de Navidades, creo que no más, y un día de finales de verano recibió la buena anciana una carta remitida por su nieta, que era quien ya le escribía, para irle contando sus progresos en los aprendizajes escolares además del resto de noticias de la familia, eso sí, sin dejar de firmar todos la misiva y estampar las palabras “un beso de tus hijos”. Esa misiva, para alegría de la anciana, contenía el más grande de los regalos, le comunicaban que en aquella navidad se venían a vivir definitivamente con ella y que ya nunca más, al remate de la Navidad, tendría que llorar al verles marchar. No cabía en si la buena anciana con el gozo de la nueva. Rápida fue a darle cuenta de la novedad al sacerdote. Cuando se lo comunicó, con la voz casi entrecortada por la emoción, D. Xesús Domínguez Guizán dijo con su armoniosa voz de gran orador y con la serenidad propia de un padre espiritual:-“ Querida feligresa amiga, no beses mis manos ni mi sotana, el milagro se lo debemos, como tantos otros que lleva obrando, al belén de Begonte”.

* O poeta de Montefurado (Lugo).